

Red Privada



- ★ Los Piadosos Gorilas
- ★ Diplomacia Vaticana

Por MANUEL BUENDIA

Ahora ya sólo falta un te deum y el Premio Nobel de la Paz, para que todo quede felizmente concluido. Los desaparecidos pueden esperar: los torturados no alcanzan a traspasar con sus alaridos el espesor de los muros de las prisiones; y los muertos... bueno, ya se sabe que los muertos no hablan.

Y ahí está entre las mejores letras del cristianismo a lo largo de veinte siglos —¡Oh, sombras de Juan Crisóstomo, Teresa de Ávila y Juan de la Cruz!—, aquel mensaje de Navidad que el general Augusto Pinochet enviara a Juan Pablo II.

¿Recuerda usted los cables de prensa del 10. de enero? Al arrebató espiritual se agregaron los toques de la ternura latinoamericana: "Santo Padre, reciba nuestros votos más fervientes y profunda adhesión al más hermoso mensaje de nuestro Señor Jesucristo: Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad..."

Y todo esto firmado "con el testimonio de mi filial afecto, junto con los votos que formulo por la ventura personal de Su Santidad, Augusto Pinochet Ugarte, general del Ejército, Presidente de la República de Chile".

Ignórase si en los tersos pliegos de la carta Su Santidad descubrió rastros de la sangre de Salvador Allende y de algunos centenares más de chilenos. Tampoco se sabe si, al abrir el sobre, cayeron al regazo del Santo Padre y le vetearon de pardo nevruzco la albisima sotana unos cuantos pelos de gorila sudamericano.

"Mi filial afecto"... No ha habido tiempo ni lugar para un responso por los muertos cuyos cadáveres trató de ocultar en el horno de una mina de cal, cincuenta kilómetros al sur de Santiago, el señor general que ahora se proclama afectuoso hijito de Juan Pablo, y se humedece de cristiana emoción al recordar "el más hermoso mensaje de nuestro Señor Jesucristo".

SIGUE EN LA PAG. VEINTIUNO

Signo de la página cuatro

Cuando el Papa decidió el 11 de diciembre— intervenir para que sus militares hijos Rafael Videla y Augusto Pinochet no fueran a pelcar, ya era conocido el horroroso hallazgo de la mina de cal. Y nueve días después, cincuenta kilómetros al norte de Santiago, en la localidad de Caravi, se descubría otro buen montón de cadáveres.

El 20 de diciembre, ante las reacciones de espanto de casi todo el mundo —en el "casi" no estaba incluido el Vaticano—, la junta militar de Chile se vio obligada a admitir oficialmente que habían ocurrido las matanzas y las atribuyó a "la lucha que fue inevitable librar con posterioridad al 11 de septiembre de 1973, para repeler ataques de grupos armados y derrotar una subversión organizada".

Explicación que sin duda debió haber tranquilizado al vigilante y sensible Vaticano, de donde ya no salió un reproche, ni siquiera un mecánico "Requiescat in pace". ¿O acaso merecen alguna muestra de piedad quienes murieron en el intento de subvertir el orden impuesto por un general sudamericano que proclama su afecto de hijo al Papa?

¿Cuánto pueden pesar unos muertos de más o de menos, si en el otro platillo de la balanza se colocan los intereses específicos de la nueva diplomacia vaticana?

La propia Iglesia chilena valientemente había tomado a su cargo impulsar el movimiento de opinión pública para exigir una investigación severa en el caso de la mina de cal. Pero se sumió en el silencio a partir de los llamamientos que el místico asesino comenzó a lanzar en demanda de "unidad nacional" para defender "a la patria en peligro".

Otro tanto ocurrió en Argentina, donde fue silenciada toda voz de protesta por encarcelamientos, torturas y desapariciones. Aquí, sin embargo, algunas voces del clero se alzaron para llamar al pueblo a las armas, en apoyo al gallardo general Videla y sus comediantes. Por ejemplo, los cables del 19 de diciembre citaron estas palabras dichas por un capellán durante una misa transmitida por televisión: "Jesucristo, el príncipe de la paz, el que nos enseñó a poner la otra mejilla, nos enseñó también a empuñar el látigo, cuando el látigo se convierte en un signo de amor (...). No debemos temer derramar nuestra sangre sino que nuestros ejér-

itos patriotas la hayan derramado de balde".

Y a partir del 26 de diciembre, cuando el cardenal Antonio Samoré, enviado especial del Papa, comenzó su kissingeriano ir y venir entre Buenos Aires y Santiago, los respectivos dictadores se volvieron aún más piadosos en sus expresiones. Por primera vez, desde que se hicieron del poder, este par de gorilas sudamericanos —que mutuamente se maquilan secuestros y asesinatos— despedían "olor de santidad".

El cardenal Samoré no tuvo tiempo de oír un instante las doloridas voces de "las locas de la Plaza de Mayo"; ni de recibir a las enlutadas madres que en Santiago van de calle en calle clamando por sus hijos desaparecidos. El tiempo del cardenal Samoré estaba totalmente ocupado y perfectamente repartido. El vivió sus trece históricos días prácticamente dentro del acolchonado avión de Videla o dentro de las abullonadas habitaciones de uno u otro gorila. ¿Cómo hacerlo culpable de no haber escuchado lamentos o imprecaciones?

Finalmente, Su Eminencia coronó la misión con la firma del pacto del 8 de ene-

ro. Escogió el palacio del dictador uruguayo, a quien, por su puesto no incomodó con preguntas por el pianista Miguel Angel Estrella, encarcelado ahí desde hace más de un año por encargo de don Rafael Videla.

Cuando el canciller chileno Hernán Cubillos salió hacia Montevideo para la firma del sacro documento, dijo a sus paisanos que invocaba "la ayuda de Dios", para "representar y hablar por Chile". Y horas más tarde, en medio de abrazos y congratulaciones, en presencia de Samoré estamparon sus rúbricas los representantes diplomáticos de ambos dictadores, quienes en el punto octavo ruegan a Juan Pablo II "guiarlos y asistirlos" en las futuras negociaciones sobre el canal de Beagle.

Falta el Te Deum y el Premio Nobel de la Paz, insistimos. Pero lo esencial fue logrado: mostrar al mundo que existe "una nueva diplomacia vaticana"... y que ésta puede servir, entre otras cosas, para convulidar y casi bendecir a gobiernos con los que otros —como el de México, por ejemplo, en el caso de Pinochet—, se niegan a tener relaciones, por cuestiones de asepsia.